

# Laurel español en memoria de Aníbal Pinto de Castro, filólogo romanista de la Universidade de Coimbra, en el primer aniversario de su fallecimiento

Juan Manuel GONZÁLEZ MARTEL  
jmmartel@hotmail.com

ata, citation and similar papers at [core.ac.uk](http://core.ac.uk)

brought to you

provided by Portal de Revistas Científicas

## RESUMEN

Evocación de algunos aspectos de la personalidad y extensa obra filológica de Aníbal Pinto de Castro, que fue Catedrático de "Literatura Portuguesa" de la Universidade de Coimbra, durante su relación con la Universidad Complutense de Madrid.

**Palabras clave:** Universidad de Coimbra, Madrid, filología románica, lengua portuguesa.

[Recibido, enero 2011; aprobado, marzo 2011]

Aníbal Pinto de Castro, *in memoriam*, a year after his death

## ABSTRACT

The evocation of some aspects of the personality and extended philological work of Aníbal Pinto de Castro, professor of "Literatura portuguesa" of the Universidade de Coimbra while he was related to Universidad Complutense de Madrid.

**Keywords:** Coimbra University, Madrid University, Romance Philology, Portuguese language.

El Dr. D. Aníbal Pinto de Castro, "profesor catedrático" de "Literatura Portuguesa", del grupo "Estudos Românicos" de la Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra, a partir de comienzos de la década de 1980, vino a Madrid con cierta regularidad para sus investigaciones filológicas y literarias. Como responsable científico en Portugal de las "Acciones Integradas entre España y Portugal para Profesores Universitarios", de la Subdirección General de Cooperación Internacional del Ministerio de Educación y Ciencias, continuó en estos años con lo que hasta entonces habían sido sus viajes particulares de estudio.

Iniciada su vinculación con la Universidad Complutense, después de conocer sus intereses como investigador en relación con nuestras bibliotecas y archivos y cuáles eran sus otras preferencias madrileñas, sabíamos que el Dr. Pinto de Castro, en las fechas de estancia, cumpliría rigurosamente con un inalterable plan, cual ritual madrileño, y que sólo si lo había concluido satisfactoriamente decidía acercarse a algún localidad de los alrededores, Toledo, Ávila, Segovia...

Visitaría, primero, el Museo del Prado; se acercaría a la morada de Lope de Vega, -en una de las visitas quiso una rama del *laurus nobilis*, allí en recuerdo del poeta, y se rió de sí mismo tras comparar las dimensiones de ese jardín “más breve que cometa”, “dos árboles, diez flores,/ Dos parras, un naranjo, una mosqueta” con el de su *quintal* en su casita de Cernache-; y si tenía domingo por medio, independientemente del lugar madrileño en donde estuviese alojado, asistiría a misa en las Trinitarias Descalzas de San Ildefonso -orgulloso, te recordaba que gracias a dineros de un noble portugués las Trinitarias fundaron convento en Madrid, a donde Lope, en su vejez, se acercaba a diario para ver a su hija, Sor Marcela de San Félix-, y, en el mismo barrio, acudía a la Real Academia de la Historia, a la cual, como miembro de la Academia Portuguesa de la Historia; su entretenido recorrido por librerías, sin dejar nunca de repasar las novedades editoriales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Medinaceli, 4, y probar suerte en los tableros de la feria del libro de la Cuesta Moyano; y a pasear algún tramo de la Gran Vía, con “caña” en Chicote -“¡Por aquí te cruzas con gente de media España y parte de Portugal...!”- y, a la hora de comer, al menos una vez durante su estancia, a comer -¡la buena mesa castellana!- en el Mesón de Sixto -ya desaparecido- en la esquina de la calle de Cervantes con la de San Agustín, a pasos del Congreso.

En todos estos viajes a Madrid, alguna tarde, entre las cinco y las seis, su ida a la Real Academia Española para departir con Alonso Zamora Vicente, su predilecto amigo español. Sin duda, aunque en los últimos tiempos, en fechas en que Zamora Vicente redactaba su *Historia de la Real Academia Española*. Sabedor de que este académico, que fue secretario de la Institución, se había enfrentado en su momento a la gran primera revisión e incorporación de americanismos, tanto de los que habían sido tenidos como arcaísmos como del abundante neologismo hispanoamericano, para la edición del *Diccionario de la Lengua Española*, Pinto de Castro le habló de los trabajos de supervisión -realizados, más tarde, en colaboración con la Dra. Maria Helena da Rocha Pereira-, del léxico portugués, especialmente del neologismo en la lengua de las últimas décadas, que proyectaba su Academia para una nueva edición del *Vocabulário da Língua Portuguesa*, y el nuevo *Acordo Ortográfico* (1990) suscrito por los países lusófonos, que preparaba la Academia das Ciências de Lisboa.

Su nítido portugués, sin dejar de emplear un impecable castellano si la situación lo requería, conjugando con la riqueza del rigor culto y el eco de la llaneza de la gente de las orillas del Mondego, convertía su enjundiosa conversación, tanto en un idioma como en otro, en fluida fuente tanto de conocimientos populares como eruditos. Un sereno orgullo del Portugal de su alma se desprendía de su magisterio, avalando sus variados saberes humanísticos conjugados, sin pedantería alguna, sus conocimientos históricos, lingüísticos o literarios, en los que, sin estridencia alguna, haciéndonos sonreír a menudo, en juegos de tópicas bromas sobre las diferencias de “portugueses” y “españoles”, o nobleza lusa que eviden-

ciaban sus maneras de añeja cortesía portuguesa, dando a su forma de comportarse y a su amistosa charla ecos de una cultura integradora que remitía a lo superior.

Era evidente, cuando Pinto de Castro y Zamora Vicente se encontraban, en ratos compartidos con todos nosotros, en las reuniones de trabajo de puesta a punto de proyectos en marcha o en los coloquios posterior a tal o cual conferencia, y, sobre todo, en los relajados momentos en torno a una mesa, esas largas sobremesas “a la madrileña”, el paralelo estilo de sus varios referentes universitarios.

Como si, a pesar de las diferencias de edad e ideológicas, respirasen un mismo clima cultural universitario, a veces, animados por alguna sugerencia ocasional, se enzarzaban en comentarios que dejaban vislumbrar o traían el eco del diálogo perfecto de un mundo universitario fenecido. Un espontáneo silencio se imponía entre todos nosotros. Vivencias que nadie interrumpía. El discurrir del estilo compartido que desprendían aquellas evocaciones, plenas de sugerencias, de dos profesores que compartían modos de magisterio semejante, representantes de una entidad universitaria equiparable, como doctores romanistas por las Universidades de sus propias ciudades, la Central de Madrid y la de Coimbra, depositarias de una cultural europea, universal.

Las admiraciones de Pinto de Castro por Madrid, y su atento modo de complacerse en una ciudad que nunca le resultó foránea, nos las devolvía con creces, cual la otra cara de la misma moneda de oro, cuando teníamos la suerte de ser recibidos por él en Coimbra. La ciudad entera, en torno a la alta colina universitaria, con el abigarrado caserío de sus inclinadas laderas, sorprendente transformación del tiempo en la catedral, hasta la *Baixa* y todos los alrededores del curso del Montego, se ennoblecían con sus explicaciones de discreto guía, en los ratos que sus obligaciones se lo permitían o cuando sabía que no interrumpía nuestras tareas:

...yo soy de ahí mismo, cerquita, pasado el río, del lado derecho. Nací en Cernache, el 17 de enero de ese duro año de 1938... Mi casa, allá abajo, siguiendo desde una de las ventanas de la Biblioteca

El gozo, impagable, de una visita pausada a las maravillas de las suntuosas salas de la Biblioteca de Coimbra por quien era su director (1987-2004) – enriquecimiento, en su etapa, con los fondos de la biblioteca de Oliveira Martins, con la correspondencia de Eugénio de Castro o con otras bibliotecas de ciencias musicales, y con avances en la gestión bibliográfica–; el lujo de escuchar los comentarios del Dr. Pinto de Castro, con el calor de quien es conciente hasta la devoción de plenitud de un patrimonio bibliográfico que es blasón del mundo luso; o el que lo acompañases por la vieja subida, empedrada cuesta arriba, hacia la colina del nuevo convento de Santa-Clara a la tumba de Santa Isabel; visitar la Santa Casa da Misericórdia o la Casa da Infância Doutor Elíseo de Moura –“¡Lo mío será para estos amigos!”–, y únicamente ahora cobra sentido aquella fugaz confianza, la realidad de su continua y discreta ocupación como uno de los res-

ponsables y proveedores de estas instituciones, de los menos favorecidos-, o acercarse en hora vespertina a la fuente de la Quinta das Lágrimas, comer en populares casas de comidas de la región o verlo en procesión, en las fiestas de julio, con la Confraria da Santa Rainha, patrona de Coimbra.

Pinto de Castro representó para algunos de nosotros, en la Universidad Complutense de Madrid, e independientemente de su relación con otras universidades españolas –Salamanca, Granada, Oviedo, Santiago de Compostela, Granada...–, al joven maestro de los estudios de Filología Románica del área portuguesa y brasileña, heredero destacado del magisterio de profesores como Álvaro Júlio da Costa Pimpão.

En la Universidad Complutense fueron el Dr. Pedro Peira, director del entonces Departamento de Filología Románica –hoy, Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General–, cuya temprana muerte truncó una espléndida carrera universitaria; y los doctores María Josefa Postigo Aldeamil, Carmen Mejía Ruiz, Juan Miguel Ribera Llopis, y el profesor Denis Canellas de Castro Duarte, docentes todos en activo, los interlocutores más habituales del Dr. Pinto de Castro.

Gracias a estas “acciones” entre España y Portugal, favorecedoras de las “Relaciones Lingüísticas, Literarias y Culturales”, cuyo responsable era en España el Dr. Peira, además de Pinto de Castro, tuvimos la suerte de conocer, entre los excelentes filólogos que participaron en aquel diálogo universitario, a los doctores Víctor Manuel de Aguiar e Silva, Clarinda de Azevedo Maia, Aida Fernanda Dias –si bien esta conocida investigadora, en el marco de este acuerdo, no llegó a venir a la Complutense, desarrollando su investigación en Portugal– y José Augusto Cardoso Bernardes. Así como, en el marco de otros diferentes convenios con Portugal, que acogieron en la Complutense la presencia de otros ilustres profesores portugueses, recordamos la admirable calidad de los doctores Ivo Castro y Carlos Reis.

De la extensa bibliografía de Pinto de Castro, conocíamos, desde la década de 1970, su obra *Retórica e Teorização literária: do Humanismo au Classicismo Literária*, asunto de su tesis de doctorado en Literatura Portuguesa (1973), uno de los acicates para reconsiderar, teniéndolo como modelo, la crítica textual e historia de la cultura; con sus estudios del Renacimiento al Barroco, recuperó nuestra atención por los estudios de Gil Vicente, Diogo Bernardes o Luís de Camões –fundador del Centro Interuniversitário de Estudos Camonianos da Universidade de Coimbra- o Bernardim Ribeiro; y en la de 1980 y 1990, seguimos sus consideraciones, con variopinta presencia de autores y ediciones, sobre la recepción de Sannazaro, sobre la producción literaria influida por el movimiento reformador que los primeros jesuitas; sobre la poesía de Anastácio da Cunha; su reflexión sobre Christophorus Plantinus; sus estudios, con motivo del Cuarto Centenario de la muerte, del padre António Vieira, Frei Luís de Sousa, Pedro Ribeiro, Padre

Granada, Frei Rafael de Jesús, António Sardinha, António Ferreira, Camilo Castelo Branco, Eça de Queirós, etc.

Sabíamos, por sus conversaciones, de su compenetración, gracias al estudio y a sus varias estancias, con todo lo del Brasil, con su preferencia por São Paulo; de su persistente interés por el ámbito literario galo, desde su estudio de licenciatura sobre *Balzac en Portugal* (1960); y compartimos, por la forma en que recreaba los detalles de sus estancias, con sus trabajos sobre el Renacimiento italiano, su admiración por Italia, su vinculación con Roma o Bolonia, y de cuya distinción recibida, comendador de la *Ordine al merito della Repubblica Italiana*, tan gozoso se sentía.

Regular correspondencia mantuvimos en los primeros años de su colaboración con la Casa de Camilo Castelo Branco –impulso al Centro de Estudos Camiliano–, en la localidad de São Miguel de Ceide, encargo que, como director, con tanto afecto desempeñó. Por entonces, Pinto de Castro quería saberlo todo de la historia de la Casa Museo de Lope de Vega. Su magnífica presentación de *Amor de perdição* era su aportación más significativa sobre el novelista. Recuerdo que su primera recomendación, al exponerle mi tema de investigación para aquellas “Acciones integradas”, fue orientarme de inmediato hacia Sintra, hacia su Biblioteca Municipal. “Olvídese de Coimbra o São Miguel de Ceide, y váyase a Sintra”, donde, según su afirmación, estaba la mejor “Camiliana” del mundo: primeras ediciones, cartas manuscritos, traducciones, filmes, etc., etc. Un riquísimo fondo bibliográfico. “Nao se pode estudar Camilo sem se ir a Sintra. ¡Um tesouro!”, como tan justamente lo expresa igualmente su actual responsable, el Dr. Élvio J. Melim de Sousa.

Con sonrisa de quien quiere bromear y alumbrar un asunto nuevo a la charla y reírse de fronteras, retóricamente me preguntó un día:

¿Sabe por qué aprecia tanto lo portugués; por qué, como usted dice, se siente tan cómodo en Lisboa, Coimbra o Porto? Porque es un insular, porque las Canarias debieron ser nuestras. Azores, Madeira..., la Macaronesia... Enrique el Navegante... Ya se lo recordó a usted en mi presencia un historiador muy conocido... Usted es de nuestro Atlántico. Y no lo digo yo..., lo dice la Historia...

Y siguió sonriendo por los extremos de mi nacionalista réplica. Y los compañeros de Filología Románica, sobre todo aquellos que participaron en el intercambio hispano-portugués, que eran, por procedencia, santanderinos, toledanos, extremeños, segovianos, valencianos, granadinos... sonreían discretamente con tal quiebro a costa de imaginarias límites jurisdiccionales entre archipiélagos e islas, y dudas en los cálculos de millas marinas y las rutas atlánticas de las naos portuguesas. Y no hablaba desde los libros... Pinto Castro conocía las Azores, Madeira, y había hecho, en parte, su largo servicio militar obligatorio en la portuguesa Guinea-Bissau.

Entre los detalles de su cordial llaneza y de su desprendida disposición intelectual, diligente y generosa, también me viene a la mente el entrañable trato de un día que, procedente de Oporto, llegué a Coimbra, en rápido viaje, para consultar un único libro y hacer unas fotos en la *Baixa*.

Me acerqué a la Biblioteca, sin saber horarios, a las ocho de la mañana, una hora antes de que abriese. Y coincidí al llegar con el Dr. Pinto de Castro en la escalera. Saludos.

—¿A qué se debe su inesperada visita? ¡Es usted tan madrugador como yo!

—Vengo a comprobar la traducción de una novela de Gómez Carrillo, el cronista modernista. Sólo aquí he sabido que hay ejemplar. Y a hacer unas fotografías en la *Baixa*<sup>1</sup>.

—¿Y que va usted a retratar?

—Los ramos de laurel en las puertas de algunas tabernas.

Como sonrió, para aclararle tal capricho, le comenté que era para ilustrar una cita de Ramón del Valle-Inclán; que perdida la tradición en Madrid, y como no terminaba de localizarlos en mis dispersos recorridos gallegos y castellanos con el mismo aire que recordaba haberlos visto en exteriores e interiores de las tabernas de Coimbra en mi última estancia, decidí volver a Portugal. Y le pasé mi ficha: “[...] *Máximo Estrella y Don Latino se orientan a la taberna de Pica Lagartos, que tiene su clásico laurel en la calle de la Montera*” de mi ficha con la acotación última de la escena segunda de *Luces de bohemia*.

Después de facilitarme rápidamente la consulta de la novela que me interesaba y encargarme una fotocopia, me sugiere:

—Si me invita usted a un café en ese local adosado al portal de la iglesia de Santa Cruz, lo acompaño. ¡No vaya usted a extraviarse en nuestras callejuelas... con tanto buen vino! Así perderá usted menos tiempo.

Ya en la *Baixa* me fue señalando tabernas aquí y allá, al tiempo que respondía a los saludos que le hicieron muchos de los transeúntes en aquel recorrido por la parte comercial de la ciudad. Y, de vuelta a Madrid, recibí un sobre de Coimbra que contenía variada documentación lexicográfica, “autoridades” literarias de textos portugueses de los siglos XIX y XX sobre la acepción de ‘laurel’ que me ocupaba.

De nuestros agradecimientos concretos por las claras deferencias de Pinto de Castro hacia nuestro viejo Departamento de Filología Románica, aparte de la aportación bibliográfica de lo publicado en la Universidade de Coimbra, el re-

<sup>1</sup> *Bohémia sentimental*. Tradução de Ribeiro de Carvalho. Lisboa, Rio de Janeiro: A Editora, 1909.

cuerdo de su impulso del Doctorado *honoris causa* de Zamora Vicente en Coimbra. Un testigo de la que constituyó emocionante jornada universitaria fue el catedrático de Lengua Española, Dr. Jesús Sánchez Lobato, quien, con el Dr. Pedro Peira, que era el director del Departamento de Filología Románica, acompañó al maestro en la tradicional solemne ceremonia. En cambio él, con su absoluta discreción, no nos avisó, lo que impidió, como tanto nos hubiese gustado, que le acompañásemos, en su toma de posesión en la Academia de Ciências (1999) ni tampoco de su *honoris causa* por la Universidad Católica Portuguesa (2007). Y, por otra parte, fallecidos aquí sus mejores valedores, los doctores Pedro Peira y Zamora Vicente, no terminaron de tramitarse el Doctorado honorífico por la Complutense que hubiese merecido.

Pinto de Castro, ya jubilado, más de una vez preparó un nuevo viaje a Madrid, pero, por una razón u otra, ¡la salud flaqueando y el estricto consejo –dieta estricta y caminar mucho...– de sus médicos!, no cumplió su deseo, y, cuando nos encargaba alguna nueva publicación o consulta en archivo académico – los de la Historia o de la Española– su añadido era:

Si no pudiese desplazarme yo, sería una satisfacción que venga usted. Le recogeríamos en Entroncamento, y en unos minutos... en Coimbra. Seguro que le será tan grato volver a nuestra ciudad como a mi me sería pasearme por Madrid.

Mi última consulta a Pinto de Castro, dirigida a él no por la facilidad de su misma condición de “socio-efectivo”, después de unos años como Correspondiente, de la *Academia das Ciências* y miembro de la de Historia, sino por la garantía de la precisión de sus reseñas cuando consultaba un documento, sobre unos detalles relacionados con el novelista Benito Pérez Galdós en los archivos de esas Academias, habría de quedarse en mi faltriquera. No llegué a contarle lo que buscaba. ¡Cómo se hubiese impacientado, o cuantos medios hubiese puesto, aun desde el hospital, porque ese amigo español tuviese la información que buscaba... y, con su discreción, ¡que no supiese que estaba tan débil!

Algunos en España supimos muy tarde, sorpresa agrandada, de su fallecimiento el 7 de octubre de 2010 en los hospitales de la Universidad de Coimbra, después de largo internamiento. Seguro que en algún ratillo de dura soledad, en momento de esos en que sus preocupados amigos tuvieron que ausentarse algún minuto, se serenó a sí mismo con un “Guardemos silencio...”, ese comienzo de frase que solía repetir cuando lo sorprendía –se la oímos en los paseos por Toledo, Ávila o Segovia– la hermosura de algún rincón en el que se le antojó estar cruzando un lugar de otra época... Ahora, a la vuelta de un año, también nosotros repetimos, completándola, ese “Guarda silencio y medita y reza”, como inesperadamente escuchada al “cavaleiro” de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Al igual que Pinto de Castro, cuando en 2006 le remitimos la revista *Madrygal*, el cuaderno en cuyo sumario figura el adiós que esta publicación de estudios

gallegos dedicó a Zamora Vicente, y en cuanto leyó con atención aquel recuerdo de su apadrinado, no dejó de insinuar entre líneas muy cordiales que había echado en falta que no hubiésemos resaltado más la importancia de Portugal en el corazón y obra de don Alonso, ahora, nosotros, en este primer aniversario de su despedida, hemos querido recordar la presencia en España de este romanista de Coimbra y reconocer la respetuosa admiración y equilibrado afecto que sintió por la cultura española.

Los que conocimos a Pinto de Castro, como a los otros profesores lusos mencionados, seguimos apreciando la gran civilización de Portugal y de Brasil. Por eso hoy, como parte de este recuerdo, nos duele, como de una ausencia y de un fracaso más, de que los estudios portugueses y brasileños en la Universidad Complutense, en medio de tanto afán de ganar terreno entre titulaciones de departamentos y secciones con la urgencia última de los planes europeos, no conserven la entidad que a esos conocimientos de lengua y cultura se les concedió siempre en la Universidad Central –prestigio de Fidelino de Figueiredo, Dámaso Alonso, María Josefa Canellada, José Santiago Ares Montes, Pilar Vázquez Cuesta, Alonso Zamora Vicente–; que la cultura portuguesa y brasileña no tenga más cabida, mejor reconocimiento, en la actual enseñanza de la Complutense.

Y en memoria de Aníbal Pinto de Castro, enviamos a Coimbra, hasta la paz de su Cernache natal, una nueva rama del laurel del huerto de Lope de Vega, como homenaje de los amigos de Filología Románica en la Complutense a uno de sus inolvidables maestros. Fue para nosotros una de las claras referencias de la investigación romanística de las Letras y Humanidades de Portugal de la segunda mitad del siglo XX.

Vivísimo todavía el sentimiento de su pérdida, tal como él nos enviaba su *lembanza* de Portugal en las dedicatorias de libros y separatas, reafirmamos, con *saudades* de su afable trato, la calidad y vigencia de la erudita obra de investigación de este profesor de la Universidade de Coimbra y agradecemos el legado de fraternidad y sabiduría que nos regaló Aníbal Pinto de Castro.

Madrid, invierno de 2011.